

2. La infancia y la vida oculta de Jesús

En medio del silencio realizó Dios el misterio de su Encarnación. Ahora, en el portal de Belén, se interrumpe el callar de Dios. Se escuchan las voces de los ángeles, entonando por vez primera el *Gloria*. Hablan y comentan los pastores, y quizá los magos, que adoran al Niño. Gritarán de júbilo los ancianos Simeón y Ana en el Templo de Jerusalén. Pero ante todo, este silencio divino es roto por el llanto de un bebé: Dios llora en brazos de su madre. No habla todavía; no sabe hacerlo, pues es un *infante*: uno que no habla, pero que tampoco calla. Con sus gemidos y risas manifiesta su presencia infantil, de recién llegado al mundo con un cuerpecillo de carne y hueso.

El silencio de los Evangelios

Pero la interrupción de este silencio es relativa. El misterio de la infancia y vida oculta de Jesús es, sin duda, el más largo... y del que menos sabemos. Bien poco nos cuentan los Evangelios. De los casi treinta años nazarenos apenas se ocupan san Marcos y san Juan. Este último pone en boca de Natanael aquella famosa provocación “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn 1, 46).

San Mateo narra la huida a Egipto y el regreso al hogar. Con una breve anotación histórica, el evangelista sitúa los años de Nazaret en el ámbito del cumplimiento de la Promesa. “Al saber que Arquelao reinaba en Judea, en lugar de su padre Herodes, (José) tuvo miedo de ir allí y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, donde se estableció en una ciudad llamada Nazaret. Así se cumplió lo que había sido anunciado por los profetas: Será llamado Nazareno” (Mt 2, 23; cfr. Jue 13, 5.7).”

Algo menos escueto es Lucas, que da testimonio de que “el niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él” (Lc 2, 40). Poco más tarde, tras el episodio de Jerusalén, se nos dice que “regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón. Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres” (Lc 2, 51-52).

Ante esta escasez de indicios y noticias, ¿por qué no buscar consuelo en los evangelios apócrifos? Se nos ofrecen allí detalles singulares y atractivos que satisfacen un poco nuestra curiosidad. La palmera que se comba ante el paso de la Sagrada Familia para ofrecer sabrosos dátiles...

Y sin embargo, estos detalles pintorescos y llamativos no nos acercan al verdadero significado de esta etapa de la vida de Jesús. A través de sus conversaciones con María, san Lucas ha captado sobriamente la esencia de Nazaret. En sus pocas palabras se percibe el asombro: el niño - aquel Niño tan singular- *¡iba creciendo!* Lo extraordinario residía precisamente en que no pasaba nada extraño. Simplemente crecía – iba creciendo – como cualquier otro chaval, en sabiduría, estatura y en gracia. ¡El Hijo de Dios, que había sido concebido por María “sin conocer varón”!

Lo que Lucas nos descubre es el tiempo de un nuevo **silencio**. No hay en él apariciones de ángeles, ni mensajes en sueños, no ocurren ya milagros ni persecuciones: es el momento de lo cotidiano. Y ¿qué sentido tiene este silencio? El evangelista lo deja claro al repetirnos su sorpresa: *¡iba creciendo!*

De esta manera, Nazaret es para María el lugar de un nuevo asombro. Allí había esperado desde niña el cumplimiento de la Promesa del Mesías; allí recibió la

visita del ángel y el anuncio de un Niño; allí lo ve ahora, correteando por su casa y aprendiendo las tareas del taller. Comprendía ahora mejor las palabras de Gabriel: Dios no sólo se había hecho hombre en su seno en un instante: recorría el tiempo y el espacio como hombre. ¡Crecía!

Pero Lucas nos ofrece todavía otra indicación, que recibió sin duda de María: El niño crecía y *vivía sujeto a sus padres*. En ese silencio de lo ordinario, maduraba la obediencia de Jesús, que honraba a sus padres. Iba así preparándose para pronunciar las palabras de su Hora: *no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú*. La forma concreta de esta obediencia al Padre era el trabajo cotidiano en el taller.

Por tanto, la larga vida oculta de Jesús pone ante nuestros ojos el misterio de su crecimiento. Este se realizaba en el silencio y en el trabajo obediente, atravesando de este modo las edades de la vida del hombre. Veamos a continuación estos tres fundamentos de Nazaret.

1. El silencio de Nazaret, el taller del tiempo

¿Qué significa “crecer”? El aumento en estatura, en el dominio de una lengua o de una partitura nos pone en relación con el paso del tiempo. El niño crece; sin darse cuenta y sin poder evitarlo. Para ello no debe hacer nada singular. Basta simplemente que, como el árbol, viva fiel al ritmo del día a día.

Pero, claro está, cuando hablamos de crecer, queremos decir algo más: nos referimos a un “crecer bien”. El verdadero crecimiento no consiste solo en aumentar en centímetros, kilos y conocimiento y en dejar correr el tiempo. El crecer de Jesús y de nuestros hijos implica algo mucho más hermoso: se trata de aprender a vivir el tiempo en plenitud.

Solemos pensar en el tiempo como una realidad *en la que vivimos*. Pero si lo pensamos bien, el tiempo es algo más que una estructura prefabricada en la que vamos introduciendo experiencias. Tampoco es, por supuesto, una pura creación de nuestros deseos. En nuestra forma de vivir el tiempo, hay mucho que recibimos y mucho que ponemos de nuestra cosecha. Pasado y futuro, dones y tareas se unen en nuestra acción, en nuestro presente.

Podríamos decir que el hombre es el “laboratorio del tiempo”. Toman el ayer y el mañana en diferentes proporciones, las combina en su hoy, en una adecuada proporción. Crecer significa así aprender a gestionar el tiempo, aprender, en cierto modo, a ‘fabricarlo’, a elaborarlo con paciencia, a partir de los dones recibidos. De esta forma, el taller de Nazaret es el lugar donde uno aprende a establecer la relación entre el tesoro de las experiencias (relativas al pasado) y el horizonte de las esperanzas (nuestro futuro).

La proporción que empleemos en esta síntesis del tiempo, marcará también su ritmo, su velocidad. Anclados en el pasado, quizá veamos nuestra vida a paso de caracol. Con una distribución casi pura de futuro, el día toma una velocidad vertiginosa, en la que uno es incapaz de saborear la hermosura. En los dos casos suele aparecer el fenómeno del aburrimiento. Tanto a la velocidad del seiscientos como a la del Ferrari, el niño se aburre: en el primer caso, porque el paisaje no cambia, es siempre el mismo; en el segundo porque el panorama cambia demasiado rápido. Este aburrimiento no surge solo por exceso o falta de velocidad (en la ciudad o en el campo); tampoco porque las cosas se repitan, sino porque, sin la adecuada proporción, su tiempo carece de sustancia.

Y, ¿qué relación existe entre el silencio de Nazaret y esta ‘gestión del tiempo’ que es el crecimiento?

El silencio es, a un tiempo, delicado y valioso. Los acertijos nos hablan de aquello que es tan frágil que *si lo pronuncias, lo rompes*. De su valor nos habla el sabio Pitágoras, que ya en el siglo VI antes de Cristo, ofrecía esta máxima: “Calla, o di algo mejor que el silencio”. Y el refranero español afirma que “la palabra es plata y el silencio es oro”. Bien conoce el músico el peso y la medida de cada silencio.

El valor del silencio nos ayuda a entender su diferencia respecto a la oscuridad. Si las tinieblas son la ausencia total de luz, el silencio no es simplemente la ausencia de sonido. De la oscuridad de la noche de luna nueva no surge luz alguna. A la cueva más profunda no llegan los rayos del sol. Y sin embargo, del silencio, del silencio de Nazaret, sí que brotan las palabras, las palabras más sólidas.

Para comprender esto, nos ayudará distinguir entre el mudo y el silencioso. El silencioso está activo, contemplando y ‘dialogando’ a su modo. No hay silencio sin sentido. Lo que carece de significado no es algo ‘silencioso’ sino mudo. Si el que nace mudo no puede hablar, el que se queda mudo calla porque no tiene nada que comunicar. El silencioso, por su parte, aguarda con paciencia la maduración de su mensaje.

Podemos comprender lo que esto significa si pensamos en lo que dijo San Alberto Magno de su discípulo de Aquino. Tomás era callado y tímido, poco hablador. El buey mudo (silencioso), le llamaban, aludiendo además a su gran tamaño. Alberto tardó un poco en reconocer el talento de su discípulo. A Tomás se le cayó una hoja con anotaciones por el pasillo. Cuando el papel llegó a manos de Alberto, este comentó: “Nosotros le llamamos el buey mudo, pero los mugidos de este buey resonarán en todo el mundo”.

En Nazaret pasa algo similar. A los lloros y balbuceos del bebé le suceden las palabras infantiles del hijo de Dios y el hablar sencillo del taller de Nazaret. La verdadera palabra de la predicación brotará del silencio. Este la prepara, la genera y se alegra de desaparecer, contemplando su fruto.

El silencio – este silencio lleno y delicado - es así el lugar del crecimiento. Su serenidad nos enseña a mezclar bien las dosis en la elaboración del tiempo. Este fue el ambiente en el que creció Jesús, el lugar de la acción del Espíritu Santo en su corazón.

2. Las edades de la vida de Jesús

En el silencio Jesús aprendía a elaborar el tiempo. Crecía en la percepción de los dones recibidos y maduraba los proyectos y promesas que despertaban en su corazón. De este modo, en Nazaret, Jesús vivió como nosotros, las edades de la vida: vivió en el seno de su madre, lloró como bebé, descubrió el mundo como niño, muchacho y adolescente y puso sus manos a la tarea como joven y adulto.

Insistiendo en que Jesús pasó por todas las edades de la vida, de la infancia a la ancianidad, algunos testimonios de los Padres de la Iglesia afirman que Cristo murió en la Cruz cuando tenía cincuenta años. En el siglo II, san Ireneo, Obispo de Lyon, nos ofrece esta hermosa síntesis:

“Siendo el Maestro, tuvo también la edad de un maestro, pues no rechazó al hombre ni disolvió en sí mismo la ley del género humano, sino que santificó todas las edades (...). Vino para salvar a todos a través de sí mismo. A todos, digo, los que a través de él renacen a Dios: infantes, niños, muchachos, jóvenes y ancianos. Pues él

ha atravesado todas las edades: fue hecho infante entre los infantes, santificando a los infantes; niño entre los niños, santificando a los que tenían su edad y a la vez se hizo ejemplo de justicia y de obediencia para ellos; fue joven entre los jóvenes, haciéndose ejemplo para el joven y santificándolos para Dios. Y también llegó a ser un anciano entre los ancianos, de modo que pudiera ser un maestro perfecto en todas las cosas, no solo presentando la verdad, sino también, de acuerdo con la edad, santificando al anciano y siendo un ejemplo para él. Y finalmente alcanzó la muerte, de modo que pudiera ser el primer nacido de entre los muertos, el que conserva la primacía en todas las cosas, el príncipe de la vida” (*Adv. Haer.* II, 22: SC 294, 220).

Para comprender la vida de Jesús, para entender nuestra vida y la de nuestros hijos, hemos de considerar las distintas etapas de la vida por las que pasamos y las relaciones que existen entre estas. Romano Guardini, gran teólogo alemán del siglo XX, nos ofrece dos afirmaciones básicas para comprender este camino. Por una parte, cada edad de la vida se entiende dentro de un todo. La unidad de la vida precede al análisis. Pero, por otra parte, cada edad posee su especificidad, su razón peculiar de perfección. Aunque una etapa realiza la verdad anunciada en la previa, esta no es sólo un paso hacia la sucesiva. “No se camina solo para llegar”, nos dice Goethe, “sino también para vivir mientras se camina”. Una edad no es mero puente hacia el futuro: cada etapa tiene consistencia propia.

En el seno materno, el hijo vive en la esfera vital de su madre. De ella se nutre y en ella va formándose y creciendo. El parto supone una primera separación de ella. Al entrar en el mundo, el neonato recibe esa experiencia fortísima de la primera respiración. Ahora comienza a comer y beber y a balbucear palabras.

El **bebé**, el infante no habla ni camina: todo lo recibe. Rodeado por la atmósfera de protección paterna, es colmado de atenciones y cariño. Los padres son para él protección, autoridad y donación en modo absoluto. De esta forma, poco a poco, el bebé es introducido en el mundo de las relaciones personales. Así por ejemplo, deberá aprender a hablar. Aquellos que le hablan le van dando palabras que él aprende y pronuncia hasta llegar a dar la palabra, hasta aprender a hablar.

A la edad del bebé, le sucede la del **niño**, que se caracteriza por la inocencia. En torno al chaval se crea como una alianza a su favor. Es como si el mundo – ahora verdadero hogar - le dijera: “No temas: no estás solo. Todos serán buenos contigo”. Los padres, y singularmente la madre, son los intérpretes de una verdad de la vida: la vida es posible si hay otros que nos esperan y protegen.

Desde esta visión inocente, el niño aprende a agradecer. Esta es la primera forma que asume la ley: dí ‘gracias’ y pide ‘por favor’. La inocencia lleva al niño a la gratitud, que le permite relacionar el mundo con su Creador, con el Dador de esos bienes

Junto a esta inocencia agradecida, surge en el niño algo singular: el asombro. Todo lo que va conociendo resulta nuevo para él. Esto ocurre también en los que lo acogen al niño en la vida. Cuando el niño aparece, la casa se convierte en un hogar: el pequeño muestra dimensiones de la casa que los padres hasta entonces no conocían.

A la edad del niño le sucede la del **muchacho**. También al muchacho le caracteriza la maravilla, pero ahora es la maravilla en el descubrimiento y posesión de lo real: el muchacho es un explorador. El chaval demuestra la intuición de los filósofos: la maravilla es el comienzo del conocimiento (por ejemplo, Platón en el

Teeteto 155D, Aristóteles en su *Metafísica*). El asombro que despierta en el muchacho muchas preguntas: ¿Qué es esto? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Quién?...

En este momento de la vida, la tentación del muchacho es la dispersión. Conoce tantas cosas nuevas y formidables, que su concentración corre peligro. Puede quedar deslumbrado por la superficialidad de los videojuegos, que le ofrecen imágenes en continuo movimiento, frente al esfuerzo de atención que exige el libro.

La educación del muchacho pasa ahora por la virtud de la pureza, que, en palabras de Kierkegaard, significa “querer una sola cosa”. En las muchas tareas que el muchacho tiene entre manos, va descubriendo la unidad de todas ellas en su vida.

Es este el momento de la disciplina, de la regla de la vida. Se aprende una ley que ayuda a dar unidad a la propia vida a través de un horario.

Y llegamos, por fin, al Jesús **adolescente**. Es esta la edad en la que se manifiesta la libertad y la propia identidad: el momento de la decisión sobre sí mismo. Hoy es ya típica la imagen de una adolescencia interminable y casi permanente. Se pospone el paso a la juventud, al momento de las decisiones irrevocables. La tentación de esta edad consiste en tratar de probar, de experimentar sin comprometerse, apagando los deseos de grandeza propios del joven.

Podemos pensar que la adolescencia de Jesús fue breve. Lucas nos dice que “crecía y *se fortalecía*”. Jesús se hacía fuerte en la identidad misteriosa que intuía ya a los doce años, cuando aseguró a María y a José, que “debía estar en las cosas de su Padre”. La respuesta es propia ya del joven (mayor de edad en la tradición judía), que conoce ya con firmeza su identidad y misión.

Lo que caracteriza al **joven** es la fortaleza, el coraje. Esta actitud de desafiar lo real no se dirige simplemente a “realizarse a sí mismo”, sino a construir algo nuevo y más grande: una comunión de personas. Benedicto XVI lo señalaba al inicio del mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011. San Agustín lo expresaba así comentando la primera carta de san Juan: “Os escribo a vosotros, hijos, padres, jóvenes: hijos por el nacimiento, padres por la antigüedad, jóvenes por la fortaleza. ¿Por qué ‘jóvenes’? Jóvenes porque habéis vencido al maligno” (Comentario a 1 Jn, Homilía 2, 6).

Al concluir su estancia en Nazaret, Jesús ha alcanzado ya la **madurez**, que indica una nueva forma de fortaleza. Se trata ahora de esa virtud probada y demostrada en la perseverancia del rumbo de la vida. Es una fortaleza que conoce su debilidad y no se funda en sí misma sino en el temor de Dios.

Finalmente, como última edad de la vida, hallamos la **ancianidad**. Propiedad singular de esta etapa es una nueva forma de fortaleza, aquilatada en el sufrimiento y en la conciencia del fin próximo de la vida. Podemos pensar que Cristo vivió también esta edad en los tres años de vida pública que le condujeron a dar la vida en la Cruz. Su fortaleza tuvo que afrontar paulatinamente la cercanía del sufrimiento y de la muerte.

3. “Les estaba sujeto”: el trabajo de cada día, dánosle hoy

A través de las edades de la vida, Jesús crecía en edad, sabiduría y gracia. Era así introducido en ese mundo de relaciones personales que lo constituían. Como sabemos, el principal vínculo que fundaba su existencia era la filiación: era hijo de María... y del Padre. En el tiempo de Nazaret, Jesús va entendiendo cuáles son las ‘cosas de su Padre’ en las que debe permanecer. Así se lo espeta a María y a José,

que, angustiados, lo buscaban durante tres días por Jerusalén: “¿No sabíais que debía estar en las cosas de mi Padre?”

Como consecuencia de aquella respuesta misteriosa, san Lucas señala que Jesús volvió a Nazaret, donde “estaba sujeto” a María y a José. Estar en las cosas de su Padre pasaba ahora por honrar a sus padres, a los que “estaba sujeto”.

Dentro de los diez mandamientos, el cuarto (“*Honrarás a tu padre y a tu madre*”) posee un valor singular. Su posición en el Decálogo es estratégica. Se sitúa después de los tres primeros (referidos a Dios y a sus cosas) e introduciendo los seis últimos (relativos a la relación con los hombres: no robar, no matar...). Actúa así como de bisagra entre las dos tablas de la Ley, entre la puerta con su marco. De esta manera, la relación con Dios y con los hombres se sintetiza en esta invitación: Honrarás a tu padre y a tu madre.

En Nazaret esta obediencia se concretaba en el trabajo cotidiano junto a José y María. El taller enseñaba a Jesús a elaborar su tiempo. Trabajando iba entendiendo la unidad de las dos tablas de la ley: entre las ‘cosas de su Padre’ estaban también, y sobre todo, los hombres, por los que daría la vida. Entre estos muros, con su trabajo silencioso y elocuente, fue madurando su entrega por los hombres, a los que engendraría a una vida nueva.

El poeta Péguy ha expresado con belleza la conexión entre el trabajo y la fecundidad. En su largo poema sobre la esperanza, se nos repite, como un estribillo, que “no se trabaja sino por los niños” (*Pórtico del misterio de la segunda virtud*). El sentido del trabajo no lo doy yo: está en los otros, en aquellos que son el fruto de mi amor, de nuestro amor.

Como todo hombre, a través de su trabajo, Jesús transformaba el mundo: lo *humanizaba*, es decir, lo convertía en un hogar donde habitar. Cumplía así el mandato divino de someter la tierra, cultivarla y custodiarla (cfr. Gn 1, 28; 2, 15). No actuaba como el tirano, sino como el pastor de un rebaño.

Este pastoreo del hombre a través del trabajo ilumina el significado del mundo. Con su presencia, el hombre descubre que el cosmos no es mudo, no está cerrado en sí, sino que es un don incondicional de Alguien: es obra del Creador. De esta manera, el mundo se convierte en fuente de responsabilidad: los otros se me entregan como una tarea. Y de modo singular, como señalaba Juan Pablo II, al esposo se le confía como tarea la dignidad de su esposa (y viceversa).

Pero el trabajo de Jesús no sólo humanizaba el mundo. Lo que sus manos tocaban, los caminos que sus pies hollaban, recibían el ‘perfume’ del Hijo de Dios encarnado. El mundo se iba llenando así de una presencia nueva: se divinizaba. En ese sentido, Benedicto XVI ha querido presentarnos el obrar del hombre como el lugar privilegiado donde madura su esperanza (cfr. *Spe Salvi*, 35). En ese día a día, mes a mes, y año a año, se descubrían las rendijas de eternidad: se intuía, ya aquí en la tierra, lo que será el gozo del cielo.

La de Nazaret, por tanto, es una vida completamente ordinaria: diaria, mensual y anual. Si Jesús santificaba lo cotidiano es porque reconocía en todo ello el don del Padre: “Me preparaste un cuerpo”, podría decir el Nazareno, “y ahora me has preparado un tiempo para crecer”.

A lo ordinario pertenece el trabajo cotidiano, ¡y también la fiesta! La familia de Nazaret celebraba las fiestas litúrgicas del pueblo de Israel, el sabath, la peregrinación

a Jerusalén... La familia es el lugar de la fiesta. Un cumpleaños, un santo, el éxito de un hijo, la confesión familiar... son las ocasiones para compartir la alegría de vivir en comunión y los frutos de nuestro trabajo. Trabajo y fiesta, nos dice Benedicto XVI, “están íntimamente relacionados con la vida de las familias: condicionan sus elecciones, influyen en las relaciones entre los cónyuges y entre padres e hijos, inciden en la relación de la familia con la sociedad y con la Iglesia. La Sagrada Escritura (cf. *Gn* 1-2) nos dice que familia, trabajo y día festivo son dones y bendiciones de Dios para ayudarnos a vivir una existencia plenamente humana”. (Carta de Benedicto XVI para el VII Encuentro Mundial de las Familias, 23 de agosto de 2010).

El misterio de la familia: ha venido para quedarse

Nazaret es el lugar de la familia. Si por la Encarnación, Dios desciende a una familia, la vida oculta nos revela que Dios *se queda*, permanece en ella, conociendo todos sus entresijos.

De esta forma, este misterio nos revela la dignidad de la familia y su misión en el mundo. En palabras de Benedicto XVI, “aquí podemos apreciar aún más plenamente el carácter sagrado de la familia que, en el plan de Dios, se basa en la fidelidad de un hombre y una mujer, para toda la vida, consagrada por la alianza conyugal y abierta al don divino de nuevas vidas (...). En la familia, a cada persona —tanto al niño más pequeño como al familiar más anciano— se la valora por sí misma, y no se la ve meramente como un medio para otros fines. Aquí empezamos a vislumbrar algo del papel esencial de la familia como primera piedra de la construcción de una sociedad bien ordenada y acogedora”.

Contemplando la vida de la Sagrada Familia, entendemos que la familia - ¡toda familia! - es una realidad sagrada.

Los ojos de José y María

Y ¿qué pensaban de todo esto María y José, los “padres” de Jesús? ¿Cómo vivieron aquellos años tranquilos en Nazaret?

De José sabemos poco. Aquel varón justo se convirtió en el testigo del misterio. “Custodio del Redentor”. Así resumió Juan Pablo II su tarea y su vida. De su ejemplo fuerte y paterno, Jesús aprendería muchas cosas: las virtudes de la piedad varonil, la fidelidad a la palabra dada, la integridad, el trabajo duro y bien hecho...

José vivió estos años en creciente asombro. Sus ojos veían al hijo de Dios *a sus órdenes*. El Mesías prometido le obedecía: le decía ‘Ven’ y venía, ‘haz esto’ y lo hacía. José aceptó su lugar con humildad. Puso toda su genialidad al servicio de aquel Niño que, siendo Dios, “le estaba sujeto”. De esta forma, en el carpintero de Nazaret, Jesús pudo entender “cómo la autoridad puesta al servicio del amor es infinitamente más fecunda que el poder que busca dominar” (Benedicto XVI, 14 de mayo de 2009).

¿Y María? De Ella sabemos algo más: Lucas nos dice que “guardaba todas estas cosas en su corazón”. Sus ojos contemplaban a Dios creciendo. Había crecido en su vientre y ahora continuaba su camino en relación con el mundo. Junto a la estatura y la edad, María percibía su crecimiento en gracia, por obra del Espíritu Santo que había venido sobre ella.

Guardar (del griego *sym-ballein*) significa ‘juntar, mover aquí y allá, mirar desde todos los lados’. María guardaba, es decir, no solo almacenaba, sino que iba haciendo sitio para aquellos eventos y los consideraba en su corazón (cfr. Hans Urs

von Balthasar; *María hoy*, Encuentro Madrid, 1988, 36). Entretejía los eventos, de forma que cada uno adquiriría su sentido en el todo de la narración divina. No se trataba de eventos dispersos: el silencio le daba a María el hilo para coser y mantener en unidad su vida, desde el anuncio del ángel, hasta el pie de la Cruz y Pentecostés.

El misterio en la liturgia

La liturgia de la Iglesia respeta también la sobriedad del misterio. Como fiestas principales destacan la fiesta de la Sagrada Familia (domingo de la Octava de navidad), la solemnidad de San José (19 de marzo) y la presentación del pequeño Jesús en el templo (2 de febrero). Pero si lo miramos bien, los años de Nazaret se viven en la cotidianidad del Tiempo Ordinario, que ocupa treinta y cuatro de las cincuenta y dos semanas del año.

Preguntas para el diálogo:

1. Las edades de la vida. En su paso por todas y cada una de nuestras edades, Jesús era guiado por el Espíritu Santo. ¿Cuál es el hilo conductor de estas edades? ¿Hacia dónde se dirigen?
2. En su visita a Nazaret, Pablo VI rezó con estas palabras: “Silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la interioridad, la aptitud de prestar oídos a las buenas inspiraciones y palabras de los buenos maestros”. Silencio de Nazaret: ¡Háblanos! ¿Qué nos enseña el silencio? ¿Cómo enseñarlo a nuestros hijos?
3. La crisis actual manifiesta vivamente el valor del trabajo. Los años de Jesús trabajando en el taller, ¿cómo iluminan el sentido de nuestro trabajo, esa ley severa y redentora de la fatiga humana? ¿Cuál es la relación entre el trabajo y la fiesta?

Para profundizar más:

ANGELINI, G., “L’età della vita”, en J.-J. PÉREZ-SOBA – O. GOTIA (coed.), *Il cammino della vita: l’educazione, una sfida per la morale*, LUP, Roma 2007, 57-83.

GRANADOS, J., *Teología de los misterios de la vida de Jesús*, Sígueme, Salamanca 2009, 21-62.

GRESHAKE, G., “The Spiritual Charism of Nazareth”, en *Communio* 33 (2004) 20-34.

GUARDINI, R., *Las etapas de la vida*, Palabra, Madrid 2006.

LARRÚ, J., “Maduración de la persona en el evento educativo”, en J. GRANADOS – J. A. GRANADOS (coed.), *La alianza educativa: introducción al arte de vivir*, Monte Carmelo - Didaskalos, Burgos 2009, 131-152.

Y tres hermosas meditaciones pontificias:

- BENEDICTO XVI, *Homilía en Nazaret*, 14 de mayo de 2009:

(http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/homilies/2009/documents/hf_ben-xvi_hom_20090514_precipizio_sp.html)

- JUAN PABLO II, *Homilía en Nazaret*, 25 de marzo de 2000:

(http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/travels/documents/hf_jp-ii_hom_20000325_nazareth_sp.html)

- PABLO VI, *Homenaje a la Virgen María en Nazaret*, 5 de enero de 1964:

(http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/speeches/1964/documents/hf_p-vi_spe_19640105_nazareth_sp.html)